

Comentario:

Las virtudes de la disparidad contra la nación homogénea

Juan Pablo Luppi

ILH /UBA - CONICET

Frente a las desigualdades sociales que la globalización moderna desde el siglo XVI naturaliza en regiones emplazadas en el localismo periférico, parece adecuado asumir la apuesta del comparatismo desde los ámbitos específicos de producción de conocimiento sobre problemas culturales y sociales del presente. Los marcos académicos de los estudios literarios latinoamericanos han inscripto el desafío en la transculturación que, entramando la antropología del cubano Fernando Ortiz con la crítica literaria y cultural del uruguayo Ángel Rama, ha definido la indefinición de América Latina, la imposibilidad de una identidad homogénea. Contra la violencia performativa de categorías simplificadoras como "subalternidad", "poscolonialismo" o "multiculturalismo", los estudios latinoamericanos en literaturas comparadas del mundo plantean problemas que exceden lo metodológico hacia lo epistemológico entroncado en lo político, en cuya tramitación se juega el rol social de las ciencias humanas y sociales, hoy crudamente ceñido por la imposición economicista del neoliberalismo parlamentario. Con imprescindible énfasis en la heterogeneidad, la alteridad y la variación como base de comparabilidad, con la revisión crítica del criterio historicista nacional que ha organizado las literaturas como objeto de estudio durante el siglo pasado, las perspectivas actuales priorizan un comparatismo intra americano que, sin ignorar aportes puntuales, construye su especificidad saliéndose de cánones europeístas (como la tradición inglesa de estudios culturales) y de la compactación departamental de la academia norteamericana (que uniformiza la región y traba redes latinoamericanas de internacionalización).

Las limitaciones o carencias del comparatismo literario en universidades argentinas, lastre de la fundación nacionalista nucleada por Ricardo Rojas en el Centenario, aparece en los patentes desniveles geopolíticos de la organización curricular del ciclo introductorio o de formación general. En marcos establecidos férreamente por región geopolítica y vagamente por período histórico (Literatura Argentina I, II, III) cuesta circunscribir objetos plurinacionales y heterocrónicos, necesarios para plantear nudos comparables; predomina la aglutinación de singularidades diversas bajo Literatura Latinoamericana, la segmentación arbitraria de literaturas europeas consideradas centrales (Alemana, Inglesa, Escandinavas como septentrionales; Francesa, Italiana, Española las meridionales) y el idiomático encuentro lusitano en Literatura Portuguesa y Brasileña, con su propio

nudo comparativo. Los estudios andinos, en buena medida sustentados en la antropología pujante durante el XX, serían un paraguas académico de la multiplicidad inclasificable. Ese cuadro desequilibrado se compensa supuestamente con materias de por sí comparativas, ordenadas por períodos históricos eurocéntricos (Medieval, Renacimiento, Siglo XIX, Siglo XX) que no siempre aprovechan la diversidad cosmopolita y diacrónica que las constituye. Fuera de los seminarios que a veces cubren estas vacantes, en las materias troncales el reto comparatista asoma aisladamente, en algún sesgo como la atención crítica al siglo XX-XXI para leer el XIX o la sincronización epocal o temática entre distintas literaturas nacionales.

Los estudios en literaturas comparadas abren más interrogantes que certezas, y acaso allí radique su potencia específica y su aporte al campo crítico contemporáneo. ¿Cómo producir, en universidades públicas jaqueadas por el avance del neoliberalismo sobre todas las esferas de la cultura, encuadres teóricos específicamente latinoamericanos para abordar las diversas literaturas del continente y del mundo? ¿Es posible construir programas e investigaciones cuyo objeto sea plurinacional y cuya metodología incluya una epistemología que tenga en cuenta la desigualdad constitutiva de las relaciones sociales a nivel nacional y mundial? Con distintas estrategias que esquivan soluciones rápidas, Adriana Crolla en *Literatura Francesa e Italiana* de la Universidad del Litoral y Marcela Croce en *Literatura Latinoamericana* de la Universidad de Buenos Aires conectan esos ámbitos específicos de producción de conocimiento con acuciantes problemas culturales, y asumen el desafío de complejizar esta disciplina flotante, tensada por un marco incómodo. Sus aportes visibilizan la conflictividad cultural de la división geopolítica; desde la teoría y la crítica desarman el reparto centro-periferia, y desde la transmisión universitaria y editorial cuestionan la separación nacionalista de campos disciplinares. Problematizando distintos objetos culturales, desmontan la enseñanza de la literatura como objeto homogéneo e individual, sin desestimar la especificidad del análisis literario ni la singularidad del texto, incluso estimándolas mejor al ubicar la literatura como objeto disciplinar complejo en relación con la diversidad de experiencias sociales.

Crolla pautó el comienzo de la resignificación moderna de las literaturas nacionales y del reconocimiento de una coherencia transnacional con el ensayo de Madame de Staël en 1800 sobre la vinculación de la literatura con las instituciones sociales. Para pensar el espacio literario europeo y sistematizar las inevitables diferencias internacionales, Staël inventa categorías geográfico-culturales propias de un comparatismo contrastivo y, al destacar la diferencia entre las literaturas del Norte y del Midi, brinda un orden disponible para la transmisión pedagógica. Sobre esa demarcación hemisférica, el Conde de Sismondi va a instituir, en la atmósfera cosmopolita de Ginebra, los primeros cursos de literatura europea comparada; compartiendo el planteo con los románticos de Jena, Sismondi recupera la utilidad de la traducción porque las literaturas extranjeras

estimulan energías creativas nacionales. En el contexto latinoamericano tal estímulo será mediado por la traducción incorrecta, como muestran las tensiones de los románticos rioplatenses formados en las instituciones rivadavianas hacia 1830, o excluidos de ellas por la distancia geográfica, como el sanjuanino Sarmiento que no obtiene la beca para estudiar en Buenos Aires. A la mención de Crolla sobre la impronta europeísta del *Facundo* cabe agregar que, como leyeron entre otros Sylvia Molloy y Ricardo Piglia, la fundación cultural de Sarmiento se basa en una lectura desviada, desde el margen, una apropiación salvaje de la biblioteca europea: “en el momento en que la cultura sostiene los emblemas de la civilización frente a la ignorancia, la barbarie corroe el gesto erudito”.¹

El epígrafe del primer capítulo del *Facundo*, atribuido por Sarmiento al viajero inglés Francis Bond Head, pertenece al naturalista alemán Alexander von Humboldt. Notablemente, la cita es una transposición a las pampas argentinas del reparto geopolítico-literario de Staël-Sismondi: la mirada científica y paisajística de Humboldt divide esa prodigiosa extensión entre bosquecillos de palmeras “al norte” y nieves eternas “al mediodía” (*midi* en el francés no original de la cita corroída por el publicista argentino en Chile). Humboldt incide también en la literatura brasileña, como señala Croce al detectar la vehemencia determinista que impregna *Os sertões* de Euclides da Cunha, y mostrar de paso los límites culturales de la división idiomática en una materia como Literatura Portuguesa y Brasileña. En tanto marca de la desestabilización del comparatismo tradicional entre literaturas “centrales y periféricas”, Croce recuerda que Ángel Rama incorporó a la Biblioteca Ayacucho las *Cartas Americanas* de “Alejandro de Humboldt”, y reflexiona que la pretensión europeísta se desbarata por su propia nulidad: no hay categoría histórica europea (ni nombre) que no sea afectada por la presencia (y las grafías) de América. En vez de similitudes cuya impostación solo exhibiría las inevitables diferencias, el objeto de exploración de la crítica intra americana sería la disparidad constitutiva de Latinoamérica, valorada en su potencia corrosiva, sin subsumirla al reparto imperialista.

El punto donde Croce concluye su propuesta resulta significativo porque abre matices de la línea fundacional de las literaturas europeas resumido por Crolla, la frontera entre meridionales y septentrionales, adaptada salvajemente por los americanos que leen mal a Humboldt; y los abre actualizando al escritor argentino que expandió la dimensión universal de las orillas y entreveró la fatal localización sudamericana con la biblioteca cosmopolita de prevalencia anglosajona. En la ficción escandalosa de la infamia, el impostor inverosímil Tom Castro² logra engañar a la anciana desesperada por el naufragio de su hijo once años atrás, cuando regresaba tras vivir más de una década en Sudamérica. En el sistema paradójico ideado por el negro Bogle, cómplice de Castro, la

¹ Piglia, Ricardo. “Notas sobre *Facundo*” en: *Punto de Vista*. Buenos Aires, año III, n° 8, marzo de 1980.

² Borges, Jorge Luis. *Historia universal de la infamia*. Buenos Aires, Emecé, 1954.

luz colabora con la máscara; como señala Croce, el bruto se hace pasar por el culto evitando parecerse. El palurdo panzón, sin disimular su “inmejorable ignorancia del idioma francés”, se convierte para la dama en el esbelto caballero afrancesado cuya palabra era “de una precisión ya molesta”: exhibe una figura opuesta sin filtrar las “diferencias inevitables”, paradójicamente destacadas por las eventuales “similitudes logradas”. El narrador de Borges disfruta al desmenuzar la aporía del “proyecto genial” de Bogle, sobre todo en el apartado “Las virtudes de la disparidad”, donde a las “millares de causas entreveradas” (a las que aplicamos como nombre el Destino, acota el narrador) agrega la decisiva voluntad materna de reconocer al hijo y “la colaboración todopoderosa del tiempo: catorce años de hemisferio austral y de azar pueden cambiar a un hombre”.

Las virtudes y defectos de la disparidad, entonces, no dependen solo del tiempo sino, revulsivamente, del espacio geográfico, del reparto occidental del mundo: el *hemisferio austral*. O, en “Poema conjetural”, el *destino sudamericano* de quien declaró la independencia americana en el territorio que sería Argentina: “un hombre de sentencias, de libros, de dictámenes” que “huy[e] hacia el Sur por arrabales últimos”, para morir entre ciénagas con “el íntimo cuchillo en la garganta”.³ La distribución asimétrica del mundo se define en los términos que, con Staël y Sismondi, han fundado la posibilidad de comparar literaturas nacionales, como refiere Crolla; para indicar ese cambio provocado por el hemisferio austral, que arrasa con distinciones letradas como en “El Sur” de Borges, Croce adjetiva al caballero reemplazado por Castro como “gentleman septentrional”. Impostor amparado en la corrosión bárbara del gesto erudito, Tom Castro no disimula la estratificación cultural que ordena el mundo narrado, más bien la exaspera: las diferencias entre el palurdo y el caballero, el bárbaro y el letrado, recrudescen una axiología étnica digna del determinismo fundacional para controlar la naturaleza mediante la cultura, ceñir los desbordes con el manejo preciso de las lenguas. Sin embargo, como se hace evidente desde el primer epígrafe del *Facundo* para lectores críticos de fines del XX, el sistema letrado se enriquece con la corrosión: la mala traducción latinoamericana ha multiplicado los sentidos más allá del reparto binario.

Con el desafío de superar divisiones que traman la inequidad en América y el mundo, y desarmar dicotomías que benefician a quienes las definen, los estudios comparados pueden proyectar nuevas *causas entreveradas* que provoquen la justa valoración de lo sudamericano, no como destino manifiesto, programado desde el hemisferio norte, sino como legitimación de la diferencia que habilita la creativa intervención crítica sobre las tensiones entre diversidad y afinidad que

³ Borges, Jorge Luis. *Antología personal*. Buenos Aires, Clarín-Editorial Sol 90, 2001.

traman las sociedades. Contra los riesgos de simplificación por localismo en la especialización curricular nacional, contra las imposiciones de semejanza legitimadas por nichos académicos sustentados como centro con apoyo financiero privado, los estudios latinoamericanos en literatura comparada pueden activar estrategias de resistencia, incluso desde universidades reducidas por el ajuste económico que legaliza la simplificación y promueve la dependencia del centro. Como la paradójica impostura inventada por Borges, pero superando el emplazamiento hemisférico del destino humano y las determinaciones heredadas, la consistencia de la táctica comparativa dependerá del rigor crítico para destacar, junto a las semejanzas no forzadas y las desigualdades no fatales, la diversidad irreductible del mundo.